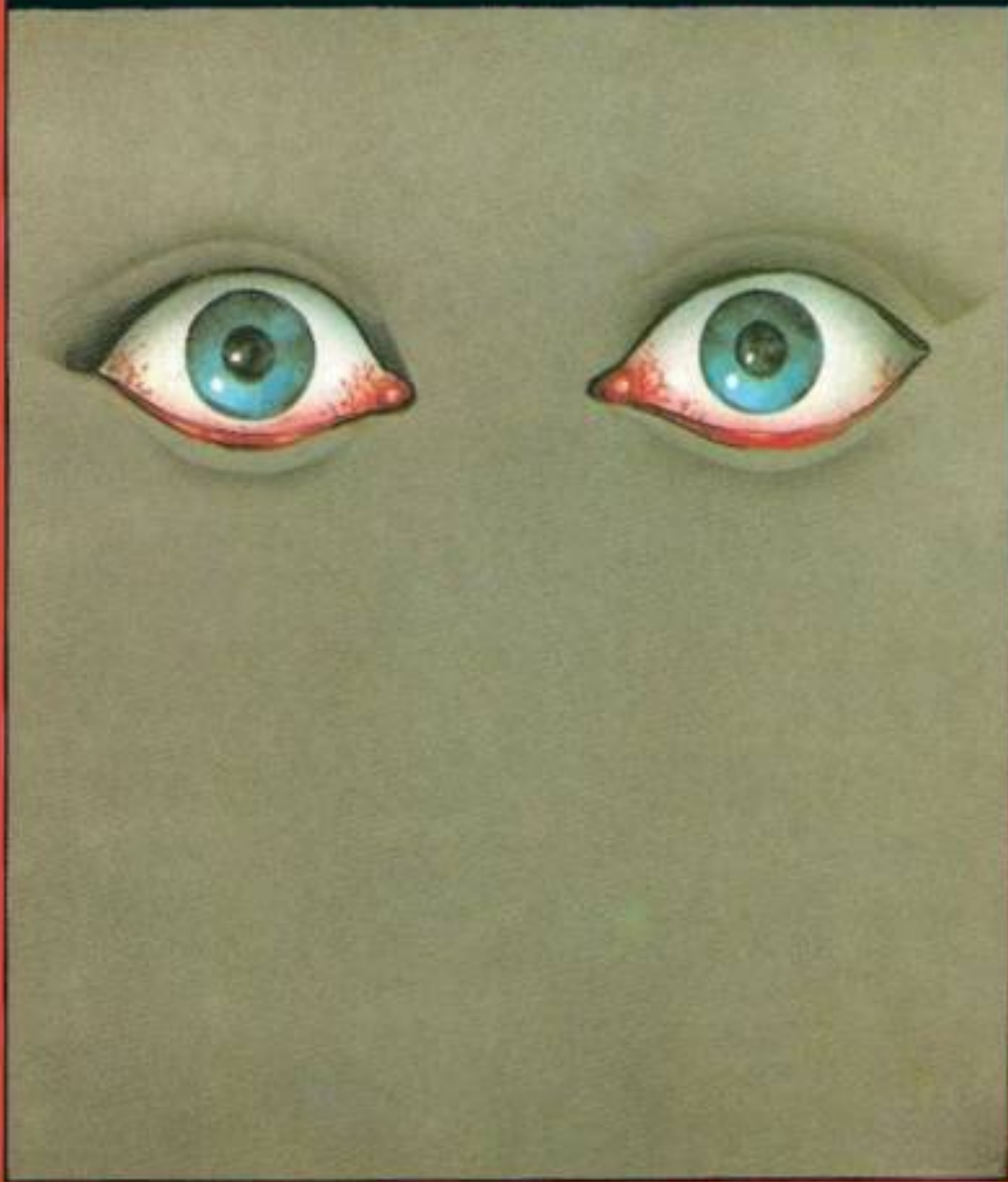


RAMSEY CAMPBELL

EL PARASITO



Rose, una niña de diez años, está reunida con un grupo de amigos, todos mayores que ella. Para divertirse han entrado en una casa abandonada y, sentados alrededor de una mesa, tratan de invocar a los espíritus. Ocurre algo anormal. Todos huyen. La puerta se cierra tras ellos y Rose se queda sola en la habitación, sin poder salir. Veinte años después, Rose está felizmente casada con Hill Tierney. Ambos escriben sobre temas cinematográficos e imparten clases en una universidad. Rose no recuerda aquel suceso de su niñez pero siempre la acompaña un vago sentimiento de angustia hasta que, estando de viaje en Nueva York, es atacada por un desconocido. A partir de entonces el pasado comienza a actualizarse y el terrible secreto a hacerse presente.

*A todos mis amigos de Chapel Hill
y en particular a
Manly y Frances,
Dave y Jo y
Karl y Barbara*

NOTA DE AGRADECIMIENTO

De entre las muchas personas que colaboraron de algún modo en este libro, deseo dar especiales gracias:

A Chris Clarke, por una de las ideas que dio vida al relato; y a Matt, por otros diversos estímulos.

A Gary y Uschi (Múnich), Tony y Marge (Manchester), Jack Sullivan, T.E.D. Klein, Kathy Murray, Kirby McCauley, Jay Gregory (Nueva York) por su ayuda y hospitalidad en algunos de los escenarios de la obra.

A John y Ann Thompson y a Tony Beck, por detalles del ambiente universitario (no de las personalidades, que son invención mía).

A Peter Valentine Timlett, por su experimentado consejo acerca de experiencias extracorporales (aunque no debe hacerse responsable de mi imaginación; Peter deseará, lo sé, que se aclare que los experimentos con estas técnicas por parte de aficionados pueden resultar peligrosos).

A tres de mis críticos de cine favoritos, cuyas explicaciones sobre cinematografía me han servido de ayuda: Philip Strick, David Thomson, Robin Wood.

A Carol Smith, Thom Tessier, Tim Shackleton, George Walsh y, otra vez, a Kirby por diversas sugerencias que mejoraron el libro.

A mi esposa Jenny por muchas cosas, entre ellas sus consejos y críticas mientras yo escribía la obra, y sus lecturas de Tarot.

Finalmente, será mejor aclarar que la tienda que es el escenario de la última parte de este libro no existe, del mismo modo que «Peter Grace» no vivió en el lugar descrito.

INTRODUCCIÓN

—¿No me has oído? —gritó su madre—. ¡He dicho que Wendy está aquí!

Y de repente era demasiado tarde: la noche la había sorprendido, y ella no deseaba salir.

No existía nada dentro de la habitación que pudiera ayudarle. Metida en su funda, la raqueta de tenis estaba apoyada en una pared. Varios *posters* habían inmovilizado aves salvajes en vuelo. Elvis Presley reía despectivamente encima de la cama, con el pelo reluciente como aceite. Los de enciclopedias le brindaban fragmentos de palabras, ninguna de las cuales inspiraba una excusa.

Sacó el abrigo del armario, donde lo había ocultado después de extenderlo, en la esperanza de que eso alejara a Wendy. Al abotonarse la prenda notó calor e hinchazón en sus dedos, la picazón de los nervios.

—Cuidala, Wendy —oyó decir a su madre desde la parte superior de las escaleras—. Que no se excite demasiado.

Estaba sonando *La Flauta Mágica*. Su padre permanecía en la puerta de la sala de estar, temeroso de perderse la ópera.

—¿Cómo dijiste que se titulaba la película? ¿*Rock Around the Clock*? —Él lo sabía perfectamente, pero intentaba dar a entender que no valía la pena saberlo—. Me sorprende que te interesen esas cosas. Bueno, debes aprenderlo tú misma.

¿Es que él no se daba cuenta de que era una mentira? Que la chica pensase que Elvis Presley era sexy no significaba que deseara ver al gordinflón Bill Haley cantando tres

notas. Sus húmedas manos se retorcieron, ahogadas por los bolsillos. El resentimiento le hacía sentir más náuseas que el nerviosismo. ¿Cómo se atrevía su madre a sugerir que ella era menos madura que Wendy? ¿Acaso ella no podía demostrar su madurez, admitir la mentira y salvarse? Pero sus padres estaban agitando las manos para despedirse, la puerta se cerraba... y se encontró en la helada noche.

Los ojos de Wendy parecían magullados a la luz de las farolas, a causa del maquillaje. Un aroma ascendía lentamente por debajo de su abrigo rosa. En comparación, la muchacha más joven iba vestida de un modo infantil, cosa que le hacía sentirse irritada y vulnerable. Sus rodillas ya ardían a causa del frío.

Por lo menos no iba a trepar la colina, donde el depósito de agua ya no se asemejaba al laberinto de elevados arcos entre los que tantas veces había jugado al escondite con sus amigos. Ahora era un descollante montón de patas y un cuerpo que se cernía sobre un alargado vislumbre de luz natural, igual que una araña acecha a una mosca atrapada. La noche cambia fácilmente todas las cosas.

Incluso la carretera había cambiado. Los parterres resplandecían bajo las farolas como si estuvieran paralizados antes de una tormenta. Dos enfermeras marchaban como si fueran monjas en dirección al hospital, que en otros tiempos había sido un asilo. ¿Y si las enfermeras les preguntaban a dónde iban? Pero desaparecieron en el hospital, entre risas, dejándola a solas con sus pisadas y las de Wendy, con el reiterado roce de las rodillas de su amiga y su falda larga, con sus temores...

Una joven pareja pasó rápidamente a su lado, con humeantes alientos y cucuruchos de pescado y patatas fritas. Hileras de automóviles iban adelantándose en la angosta carretera; sus conos de luz iluminaban polvo, humos, una mariposa nocturna... No tardaron en desaparecer, y el asfalto destelló tristemente.

—¿Qué crees que haremos? —dijo la jovencita, intranquila.

—Oh, solamente estar sentados alrededor de una mesa, supongo, igual que en aquella película. —Wendy se alegró de poder hablar—. O quizá Richard coja un lápiz e intente escribir algo. Supongo que escribirá alguna tontería, si es que él entiende algo de eso. Ya sabes cómo es Richard.

Estaban aproximándose al pueblo. Las viviendas y jardines iban siendo cada vez más rústicas, y a veces no se veía más que un grupo de casitas de campo. Las fugaces vistas de brillantes habitaciones —cálidas, inexpugnables y alejadas para ella— hicieron que la niña recordara el hogar. Un último y secreto aliciente le dio cierta confianza: mientras estuviera sobre el pavimento en el lado de la carretera opuesto a la casa, se encontraría a salvo.

A salvo... ¿de qué? Había visto la muerte, había contemplado a su abuela con ese sueño tan profundo que ni los susurros pueden penetrarlo, con los labios irritados y abiertos en un silencioso ronquido. A Richard le gustaba asustar a la gente, pero ella tenía demasiados años para que la asustaran. ¡Caramba, el año pasado ese chico había contado a todo el mundo que la mujer desenterrada en las afueras del pueblo acababa de ser asesinada, cuando la verdad era que llevaba cincuenta años muerta!

Pasaron junto al bajo y amplio edificio no iluminado, el Salón del Reino de los Testigos de Jehová. Junto a éste, detrás de la taberna del Molino, las gallinas cloqueaban somnolientas. Era un sonido reconfortante, aunque nada alentador, ni mucho menos, puesto que significaba que las dos jóvenes habían llegado al grupo de viviendas que incluía la casa.

Se trataba únicamente de una casa en la que había fallecido alguien: hacía meses. Nadie aparte de Richard insistía en que el muerto había pedido ayuda a gritos; nadie aparte de Richard decía que la casa tenía una desagradable fama... Por lo menos, ninguna otra persona había dicho estas

cosas a las chicas. ¿O quizá corrían rumores que habían dado a Richard la idea de su más reciente mentira terrorífica?

Más allá de las viviendas, varias personas estaban sentadas en un banco en el exterior de la estación de autobuses. Disraeli se erguía en un pedestal, haciendo caso omiso del semáforo que había a sus pies, y la luz estaba cambiando a verde. Había seguridad: muy, muy distante. Wendy ya había cruzado a la acera opuesta, tomando el corto camino que había junto al mirador iluminado y estaba tocando el timbre.

Unas figuras sentadas relumbraron al pasar junto a la jovencita en ambarinas rodajas de luz. Relucientes salpicaduras se esparcieron en el pavimento, sobre las fulgurantes y romas punteras del calzado de la chica. El autobús acabó de pasar, y Richard estaba mirándola, ceñudo.

—Bueno, ¿a qué espera? ¿Es que no quiere cruzar?

Ella respiró con tanta ferocidad que el aliento hirió su pecho. No era una niña, tenía diez años. Wendy le superaba en edad, pero ella era más madura que su amiga. Cruzó a grandes zancadas la desierta calle, pasó junto al mirador oscuro desprovisto de cortinas y entró en la casa que tenía luz.

La sala de estar parecía atestada de gente, de personas sentadas en abultados y algo descoloridos muebles. En realidad sólo había cinco personas, pero todas miraban a la jovencita como si no tuviera derecho a encontrarse allí. Un chico de cuyo mentón brotaban escasos y desiguales pelos se quejó de la imprevista presencia.

—Es demasiado joven para esto, ¿no?

—¡Oh, no planteará problemas! Déjala en paz. —Wendy dio la impresión de estar sorprendida por la censura de sus palabras y, también, de sentir cierta vergüenza. Tal vez, en su interior, estaba de acuerdo con su amigo.

Richard se hallaba en la ventana, en medio de varias sillas, atisbando por una rendija de las cortinas.

—¿Estamos todos? —dijo un muchacho que tenía el cabello de Elvis y un bigote razonablemente crecido.

—No, falta Ken. Ha de venir desde cerca de los Camaradas del Club de la Gran Guerra.

Al mirar al chico del bigote, el rostro de Wendy se iluminó.

—No sabía que ibas a venir.

—¿Quién, yo? No me lo habría perdido por nada del mundo. —Dio una palmada en el brazo de su sillón, como si quisiera hacer saltar a un perro—. Además, alguien tenía que preocuparse de ti.

La jovencita pensó que el del bigote era presuntuoso y vanidoso, y muy mal sustituto de Elvis. Después de una simbólica protesta por la forma en que le había hablado, Wendy se sentó al lado del chico. Se había unido al mundo de los adolescentes, donde todos parecían hacer cosas que no deseaban hacer y que, una vez realizadas, no les proporcionaban satisfacción. La jovencita se sentía excluida, apenas tolerada por el grupo. Se sentó en el sofá, junto a dos chicas que no le hicieron caso alguno. Deseó no haber ido.

¿Acaso Richard quería asustarla? ¿Por qué la miraba mientras estaba hablando?

—Hoy he oído otra cosa.

—¿Qué? —quiso saber una chica, muy nerviosa.

—No lo sé. Era algo así como... —¿Hizo una pausa para impresionar, o para buscar las palabras adecuadas?—. Era algo así como si un enfermo intentara apoderarse de cosas, cosas que buscaba en la casa de al lado... Un enfermo que se esforzaba en encontrar algo.

Richard se apoyó en la desportillada repisa de la chimenea y contempló a los que le escuchaban. No había duda de que estaba divirtiéndose, pero... ¿mentía? Habrá oído a los ratones, se dijo la jovencita. Pero estaba pugnando por reunir el suficiente coraje para decir que había decidido no entrar en la casa.

Sonó el timbre de la puerta. Todos se sobresaltaron, y trataron de disimularlo, o rieron nerviosamente.

—Estúpido —refunfuñó una chica... y no quedó claro a quién se dirigía.

¿Habrían regresado inesperadamente los padres de Richard? ¡Oh, por favor, que sea eso! Pero el muchacho volvió de la puerta para anunciar:

—Bien, es la hora. Ken ha llegado.

Les condujo fuera de la casa. Entre esta y la vivienda vecina había una especie de porche con arcos, más estrecho que la longitud de los brazos de la jovencita. Las luces de los automóviles que circulaban por la carretera lo iluminaban, pero cuando dejaron de pasar quedó muy oscuro. Las pisadas de la niña resonaron de un modo agudo y penetrante, burlándose de su nerviosismo.

Al final del porche se hallaban las puertas de dos patios traseros. Richard empujó una de ellas, que se abrió de un modo vacilante, rozando piedra. Al otro lado, la cocina de la casa abandonada sobresalía en el patio, en dirección a un cobertizo de carbón. No había espacio para muchas otras cosas con excepción de la oscuridad, densa como el barro, y en un rincón del patio, un anónimo arbusto, mustio y sediento.

Mientras avanzaban lentamente por el patio, unos ojos destellaron en el carbón, que se esparció con gran estruendo cuando el despertado durmiente saltó hacia la pared y huyó, maullando.

—Silencio —musitó Richard para acallar las risitas.

El chico estaba maniobrando torpemente en la puerta trasera de la casa. Debía estar imitando lo que había visto en alguna película, era imposible que conociera el método apropiado. Se oyó un chasquido metálico; Richard debía haber roto el cuchillo. La jovencita se tranquilizó y reprimió a duras penas un audible suspiro... antes de ver que la puerta estaba abierta.

La linterna de Richard escudriñó la oscuridad. La luz se extendió sobre las losas del suelo de la cocina, amortiguándose. Piernas de madera con tobillos llenos de bultos se alzaban en las sombras; en lo más profundo de la negrura, algo produjo un gorgoteo.

—Bueno, adelante —dijo Richard, irritado, mientras entraba.

La jovencita se esforzó en no quedarse detrás de Wendy, que estaba agarrada al chico del bigote. Mientras la linterna oscilaba de un lado a otro para comprobar que todos habían entrado, una inquieta gota destelló en la boca de un grifo. De ahí habría surgido el gorgoteo.

—Cerrad la puerta —ordenó Richard.

Más allá de la cocina había una habitación de mayor tamaño. La mancha de luz se arrastró por el suelo, permitiendo ver el dibujo de la alfombra, aunque sólo parcialmente. ¿Por qué Richard no levantaba el haz de luz? Nadie que estuviera en la carretera podía distinguir esta parte tan interior de la casa. Varias sillas cubiertas con trapos acechaban en la sombría sala, con su mole agazapada bajo los recubrimientos. El ambiente olía al polvo que flotaba en el aire.

Al aventurarse en el recibidor, una delgada silueta surgió ante ellos. Un afilado garfio de pánico rasgó el corazón de la niña. Todos se detuvieron, con la boca abierta o maldiciendo, excepto Richard. Al cabo de un instante empezaron a mofarse y a darse empujones unos a otros, puesto que se trataba simplemente de la cruz que separaba los cristales de la puerta, perfilados por los faros de los coches. Pero la jovencita se había sentido prisionera de su pánico. Un momento antes, cuando los demás la rodeaban, apiñándose de una forma instintiva, los había creído capaces de aplastarla. Ellos y su indiferencia la achicaban. Su miedo era mayor que ella misma.

—Seguid en silencio —murmuró Richard, y comenzó a subir las escaleras de puntillas.

La linterna de Richard permitía ver dos escalones al mismo tiempo. Las sombras se aferraban a la barandilla, que se movía y crujía bajo la mano de la niña. El nerviosismo y el polvoriento aire que respiraba encogían su corazón; bajo sus pies, la invisible alfombra parecía un espeso montón de polvo. Estaba atrapada en medio de la inquieta procesión. Lo único que podía hacer era subir las escaleras, dada la presión de los que iban detrás.

Todas las puertas del rellano estaban entreabiertas. Cuando la oscilante luz recorrió las habitaciones, la oscuridad les dio un aspecto increíblemente grande, y sin embargo, parecían más pequeñas de lo que debían ser. La alfombra amortiguaba los crujidos del rellano. ¿Por qué los crujidos que replicaban —sin duda debían ser ecos— sonaban con más claridad en las habitaciones? Este detalle no parecía preocupar a Richard, que se introdujo furtivamente en el dormitorio delantero.

El muchacho apagó la linterna. La luz de una farola iluminaba la habitación, si bien únicamente a través de dos angostas ventanas. Un dibujo indeterminado trepaba por el empapelado de las paredes. Mientras los demás la empujaban para que entrara, la jovencita distinguió una gran mesa que no parecía pertenecer a la habitación, rodeada por un oscuro lecho, un tocador y un par de sillones; desiguales cuadrados de papel yacían en el borde de la mesa, conteniendo todas las letras del alfabeto...

—¡No cerréis esa puerta! —musitó Richard con tono apremiante.

Sacó un cajón del tocador y lo usó para mantener abierta la puerta.

—No toquéis nada —explicó, divertido por la disimulada consternación, o recelo, de los demás—. Vamos, antes de que vuelvan mis padres.

La niña avanzó, porque no había otra cosa que hacer.

—Adelante —dijo el chico que tenía algunos pelos en la barbilla, y dio un empujón a la jovencita.

¿Acaso aquel chico estaba preocupado por causa de su propio nerviosismo? Antes de que la niña pudiera saberlo, se encontró sentada a la mesa, apretada entre el que le había empujado y, en dirección a la puerta, Wendy.

—Bien —dijo Richard con acento de triunfo—. Sigamos.

El muchacho cogió un objeto que había junto al tocador, algo parecido a un patín de madera hecho con medios caseros, con ruedas que podían cambiar de dirección. Su gesto esperaba una reacción, y la obtuvo: risas contenidas, suaves codazos, risitas...

—Va a escribir con los pies —dijo alguien, riendo disimuladamente. La jovencita se unió al casi histérico regocijo, aunque pensó que lo fingido de su risa la excluía del grupo.

—¡Silencio! —ordenó ferozmente Richard—. ¿Queréis que alguien nos oiga y llame a la policía?

Poco a poco, fueron sumiéndose en el silencio. Hubo un intermedio de contenido forcejeo mientras todos ponían una mano sobre el patín en el centro de la mesa.

—¿Y ahora qué? —quiso saber el chico que tenía algunos pelos en el mentón.

—Esperaremos —dijo Richard.

Así lo hicieron, más o menos en silencio.

—Se me va a dormir el brazo —musitó una chica.

—Igual que a mí —se quejó su amiga.

Durante unos segundos después, las palabras permanecieron en el aire, revoloteando como si el ambiente estuviera estancado. La habitación pareció oscurecerse más, como si se aproximara una tormenta... Los ojos de la jovencita debían estar fatigados, simplemente eso. Las luces de los automóviles recorrían el techo y se arrastraban por el dibujo del empapelado de la pared, que oscilaba furtivamente. La luz no llegaba a la entornada puerta, ni a la negrura que había más allá. La niña imaginó cuánta extensión de la oscura casa tendría que recorrer para huir.

El aburrimiento y la intranquilidad iban en aumento.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar sentados? —protestó el muchacho de incipiente perilla. Unas manos desocupadas estaban explorando.

—¡Oh, *arranca!* —gritó con furia una chica.

—No creo que esto funcione —dijo el del bigote—. La plancheta es demasiado pesada. Hace falta algo más ligero.

De repente, junto con un curioso sonido que al parecer provenía de las profundidades de la casa, el patín de madera empezó a rastrear en dirección al borde de la mesa, avanzando y retrocediendo igual que una rata atrapada.

—Claro que si tú vas a *hacer* que se mueva...

—No estoy haciendo nada —contestó Richard, ofendido.

—Bueno, alguien debe hacerlo. —Contempló a los demás uno a uno. La jovencita notó que el bigote del chico relucía. ¿Debido al sudor? El muchacho no vio nada en los ojos de sus compañeros que le complaciera—. Bueno, yo no soy, desde luego —aclaró, como si negara su responsabilidad en ocasión de un mal olor.

El patín osciló y quedó inmóvil. Richard tenía una mirada iracunda... ¿A causa de la interrupción, o porque había dejado de ser el líder?

—¿Vamos a seguir sentados discutiendo? —preguntó.

—Se supone que debemos hacer preguntas. ¿Cómo se llamaba el tipo que murió aquí?

—Allen. Señor Allen.

—Perfecto. —El del bigote se echó hacia adelante igual que un ejecutivo en una reunión; quizás estaba imitando una escena de cierta película—. Vamos a ver si es él. —Lentamente y en voz alta, como si se dirigiera a un niño mentalmente atrasado, preguntó al patín—: ¿Es usted, señor Allen?

Obtuvo una instantánea respuesta: tensas risitas. Se permitió una ligera sonrisa; la broma era francamente infantil para él. Sólo Richard se mantenía solemne, furiosamente